MANUEL RÍOS RUIZ

LOS ARRIATES



CAJA DE AHORROS PROVINCIAL DE GUIPÚZCOA
SAN SEBASTIÁN
1973

Los arriates
(Premio Ciudad de Irún 1973)

Cuando una rama no puede más con la primavera que lleva dentro, entre la abundancia de las hojas brota una flor como expresión maravillosa. ¿No véis en la quietud de las plantas su admiración por florecer? Así nosotros cuando brota en nuestros labios la palabra verdadera.
JOAN MARAGALL

EXPLORACIÓN DE LA MAÑANA

DEJEMOS fluir el corazón,
respirar por su ambrosía,
alentar
por la celinda cincelada.
Un viento arpegia, tremola,
pulsa cada tallo.
Esta gala que goza y reposa la azucena
promete su virtud. Canta y danza, esplende el girasol
su rotación en la mañana.
Vivo, pertenezco a mí, embelésome
en mi campo visual, imagino su música, aderezo
la sinfonía de mis venas, ole, en la provisión de la tierra,
engarzo o ensalmo sensaciones, alquimista de la belleza
que me encela: rostros virginales, haz y paz, lámina
de manzanilla, ámbito feliz de la mariposa, metrópoli
del matiz, efundida caridad, corolas, espejos palpables
de la fe para creer y crear el íntimo coloquio en su arriate.

POEMA EN PROVECHO DE SEMILLA Y PROBANZA

I

PERSISTE el mundo, cada flor una esquila, un tuétano
que se engarabita,
una eclosión para el canto, llamas
que encarolan el aire hasta los ríos, a la alegría sumisa
de la era, oh súbito hallazgo del futuro, ese ileso himno
del ser en plenitud, su condición del entusiasmo,
o del peligro, el trapecio donde delira un corazón
como esplendor llagado que encandila, la hiedra
quizá urdiendo la gira de los astros, o la jara mereciendo
en la lid de sus raíces.
Y un pájaro azul desde el catalejo
para recordar la presencia, la luz del infinito, la atmósfera
que alambica el grano de la arena, el pistillo del sueño.

II

MUSITA el hombre –evocando sus propias tempestades-
la batalla de la paz. En cada idea –oídle- acaricia un seno,
descoyunta un cíclope, arma el laberinto de sus huesos,
aclama o apuñala los caminos de su pie, instala balcones

en su equilibrio, convoca su sal para virtud de la muerte.
Es su potestad glorificar los escombros, descubrir su lar,
amar el sándice de sus venas, un vellón de su solapa,
mientras crujen entrañas en mester de rotación y el aroma
-caballero de la mata- empella claridades y espíritus.

III
BENDECID la voluntad, nos ha crecido, atávica y fiel, adalid
desde la carne, ejecuta y brinca, perdura en liza y canción,
corresponde al suspiro y el alma se ilumina, encela y fija
la esperanza, vuelca cántaros de sol, nombra la vida.
Dejadla pronunciar sueños, tejer odiseas, plantar esquejes
en las penumbras, acrisolar, ejercer su dominio, el imperio
del hombre, y
                    nos llevará al brillo destinado de un lucero,
como gardenia abierta, ya pura yema de color.

PENEGÍRICO DEL CLAVEL

TRANSPIRABLE mediodía, torre de sol, tábano undívago
en su sépalo, el clavel ejerce el señorío de la tierra,
es su ara de luz, el signo de su hélice, oh lírico lucimiento
de la esbeltez.
                    Ante su estampa alienta la esperanza
un culto vertical, se abren abanicos y horizontes,
silba el viento del ensueño.
                                        El clavel, lírico, nazareno
o azul, pajizo o rojo, ceremonial o blanco, es siempre
unción y unión de barro y aire en beso rotundísimo, neblí
del arriate, gallo en la maceta, mosén en su hornacina y primavera
rezando por nosotros un símbolo de preces.

IMAGEN Y RONDA DEL JAZMÍN

MINADO entre las hojas, oriflama mi sur.
Inmacula el pensamiento, trepa por las paredes del corral
de los ensueños, empina y propicia rasgos y temblores, encarna
la gota de la esencia, acrisola la memoria, salpica
la mirada de destellos, cautiva tanta palidez musitada,
endosa en el alma su efímera estrella, condecora la comba
de la tarde y cilicia el frenesí de los deseos...
Sedúceme:
Llámase jazmín y toma su perfume del rocío.

ESPLENDOR DE LAS ROSAS

VEDLAS convocadas, respirar cuando sueñan y amanece.
Delirios de montañas aman en su sed y su sigilo,
cristalizan la luz, contornan el rocío, ofrecen sus pétalos
como cálices, se alzan sobre las espinas como nubes,
novias, veladas alegrías, princesas en sus colores.
Son las rosas, la espuma de la tierra, las damas
del milagro.
Titulan sueños, porosidad enamorada, aliento
de rescoldo, trozos de luna y pozos de perfume, relieves
y encarnadura de bondad, etesio aire, dívica
progenie.
Adorad sus luces, el pan que significan,
con el regazo de amor de la mirada, ahora y por ahora,
antes de que su efímera y grande maravilla vire
y pierda, entre la tarde, rumor y nombradla, registro
de sorpresa, salud de lira viva, continente,
esplendor y donaire, comunión con el patio, amén.

CRECIENTES, LLENOS Y MENGUANTES DE LA BLANCA AZUCENA

CUANTA alma se prodiga en cada hoja, enuncia
el porvenir, responde –sibila- a la pregunta, vierte
luz en la palabra, dulcifica el ceño, convoca
pirámides en el corazón.
Cría esta fértil aranzada
-donde siembro heliotropos de candela-
un alhelí de sonora
gallardía, el chantre clavel, el iluso geranio,
la celeste campánula, el corinto pensamiento, la vira
o sota de la vara de nardo, esa rutila cegadora
del narciso, los miembros y atributos de Cloris
la fantástica, la lila trinitaria que enamora,
todo cuanto prende un capullo de sentimiento
y fe.
Y llega el gorrión –quimera en el petril-, pía,
se torna colosal, distrae y emociona junto al pistilo.
La orquídea se embaraza, la azucena se esponja:
ensarta el hombre el amor y el color, se llena
los párpados de miel, confiesa su pecado, juzga
su placer, acarrea, pétalo a pétalo, su historia,

declina su decir sobre la arena, emprende un vuelo,
oh un vuelo, y punza su presente con una futura maravilla.

EXISTE la alegría, mírala crujir en la azucena, aspira
el lleno de la luna, el gemido del barbecho, una peonza
hecha estrella, moraga, moraleja en el aire, rapsoda
en silencio, paladina y atalayadora, princesa mozárabe
simbolizada, superación de Dios.
Con ella, por ella,
el talante adquiere sutileza, las vírgenes retablos, oro
de ofrecer, pureza para amar.
La azucena, lucida
y lúcida, espléndida, derrocha presunción, se sabe
nova desde la raíz, quiere alcanzar esferas
de súbito, capaz de dominio y de orgullo, prendas
de la brisa, alas, rumores, presencia de capiteles
soñados.
La miro palidecer, oigo un deje, un giro,
una palabra de ángel, algún recuerdo del paraíso,
el perfil de la era paseándose, los silos del pretérito
sonoro, una coral égida que el tiempo enardece
y no olvida, válida todavía la percusión, el élitro
de un salto retornado.
Sumo a mi paz la inquietud
que pregona, me miro en su perdón, proclamo cuanta
arábiga sangría debo resistir, estiro el brazo, bendigo
mi casa, la casulla que invisto, elevo lo que soy,
esta carne devota de su tallo, mientras la azucena
-divisa de la luna- amengua sublimada su epopeya,
espera los honores de la muerte
llorando en sus altares.

BÚCARO Y GLORIA DEL VIVO AMOR

...ella a la esfera de él
presta la luz
más alta.
JOHN DONNE

I

BAJO la frente –alígera y dúctil- toma rumbo el girasol, riela
en retozo y retentiva, acaece una punzada de pájaro
y
enrubia

acentos, eneros y cortinas, se entraspalabra el tiempo,
ábrese la saja del mañana, bulle lo que tocarás con la voz
o con la mano: chícharos, hijos, homónimos de la seda
en cada pan o cereza, pespuntes de la aguja, alboroto
por la carta, la cinta serpentina, el vívido paladar, los ríos
flamígeros, la ternura...
                                        Así aspiras, peripecia soñadora
de lo real: mariposa –pensamiento- por la lámpara, donosa
la faz, emergiendo de las hiladas rosas del damasco, paz
dispuesta en la almohada, corazón en gorjeo y equilibrio.
Verte es vivir, saberse campeón, meditar un efluvio
por la sien, entender la compañía y su liturgia, los cielos
de los cuadros, y este verte (¿me oyes?), este verte...
                                                                                    (Una
fibra sostenedora ensortilegia el silencio, engarabita el vello,
tamborilea en el suspiro, tersa y lubrica las pestañas).
Estás en un almíbar, eres una almáciga de albahaca
y esperanza, pira de tus gracias, sal o espejo en el trono
del embozo.
                    Juro que te quiero y enciendo grosellas
flores antiguas, te contemplo en resplandor, imagino
cuanto viví de tus labios y de tus lágrimas, la calentura
que nos quiso, las palabras uncidas, los anillo, las chiribitas
de tus ojos y de mi encelo.
                                        Es tu frente dórica
un seno del relámpago, una hoja del mundo, el tempero
de mi abrazo. Palpito, sí, crezco, esplendo ya, palpo
tus dondiegos, solivianto tus venas, repújote, titilo
porque tu entrega asuma nuestra historia y renacen en ella
pomos de abril, luciérnagas, las galas retoñadas de la novia.

II
TU hálito repica, urde temblorosas siemprevivas, el romero vela
en cada linde de tu piel, donosura de lígula, sumisión...
Enjambre soy sobre tu cuerpo, libo violetas por tus brazos, hallo
tallos y raíces en gloria por tus pechos, atavismos de la vida
que riega el corazón, mi sultanía.
                                                    Arrío más banderas
en tu cintura, conquisto tus lunares, países de locura, piélagos
y vetas, tréboles del pezón, sénsiles que beso. Crujo, germinas,
acunamos el deseo primaveral, sémola que alienta, la vorágine
que empuja los vientos del envío, oh cuánta voz que en eco
se proclama ensortijada por tu pelo, penal del adivino.

Siéntome *Dom* de mil costillas, orfebre de dulces y alambiques,
Sembrador de diamantes.
Alto canta el tordo, tañe, chirría
y ciñe no sé que mandolina. Músicas tú, reviertes, rezumas
tu manzana, la albura que reina, el aroma de tu vientre:
brinca la sazón de tu arriate y estallan las esfinges
de los hondos jardines germinales, rosales al calor, estambres
como nutricios calendarios.
Me vuelco sobre un lirio, hágome
gozne de presagios, condimento la eclosión mientras la dádiva
de tu sonrisa se emociona.
La sábana es fuego confundido
y somos puras lancerolas que sueñan con herir –álgidas-
el fondo de la tierra, el cielo que las llama, el cauce
hondísimo donde los aludes confluyen.
Y cálices
nos erigimos, iluminados por un interludio de pétalos y besos,
cuando crecientes alianzas nos van ornamentando de argollas
la fiesta cenital, el terremoto que anuncia la gran liberación.

III
COREAMOS la nube del tálamo, noria del buen agua y tiro
que nos cruza.
Más allá del fénix todo es campo, clara luz
de lino, incursión en la maravilla, ser entelerido, ensueño
y estigma en el colmo, alma en la estrella, la lira extasiada
en plenitud, corales tiernos, expiado pan en pura masa,
cien capullos creciendo, tú.
Ojos, regazo, monte del clamor,
invasión, iris del sentir, hora y oráculo, treno, trenza, limón
entre el espliego, caricia adormecida, nata de tilos
y metales, la fiebre altísima del cóndor, una madura
col abierta, los ayes y atavíos de lo feliz, símil adivinado
desde niño, oropéndolas y giros de la atmósfera, cuánta jardinería
reunida.
Bésame los párpados, úngeme, amortigua
la muerte de la niebla, pon un rezo entre tus dalias,
escúchame vibrar, vivir, morirme respirando tu perfume...
Gózate, extiende mi simiente, siembra y siega, afirma
el alma de este hombre, su perfil de girándula,
porque este es el bien, el índice de Dios, la salud de tus flores.

A FLOR DEL VINO QUE ME CANTA

TÚ serías la flor de mi vino, este que bebo, soleá, con el tiento
de la queja, con la memoria del paladar hecha trueno
y bordón, son de mío cid, sí de mí, arrebol
abigarrado, panal cual taracea, desgajado, abierto
y despejado cruce, en el galayo de mi vida, surto
y descubierto al aroma.
Y algo taladra la inmensa morenía,
la margarita del temblor, ay compás de la concordia, sólito
a cada noche por relumbre –rejón o frámula-, agrio
varal de piras y penas.
Míranos llorar y rociarte,
vivir con tu bandera, flor del cante, errumbe de la paciencia,
evangelio de la raza, voz del arriate y de la borrachera.

TRES SANTÍSIMAS GRACIAS VIVIENDO ENTRE LAS FLORES

A Francisco Hernández, que las pintó
un día transido de exuberancia.

SI llorar pudo –bendito- atrayendo trinos a la mano,
tendía de su mundo el beso, cabalgaría a los lomos de las vísperas,
y un viento en las pestañas sería cruz y brillo de cuanta albricia
tiembla y dispárase en los meollos del ser.
Dilucídame
tú, lector o asceta, lo que es un cuadro, dime la paradoja
que nos ronda el vivir, esa guitarra puesta en do, los dilemas
que emergen como acentos, el color de lo infuso, los sueños
asumidos por los dioses que circulan entre los senos del arte.
Las gracias, las penas en oración, esperábanle: son codornices
secretas de amplias lontananzas y un detenido, nítido,
misterio acrisola y vivifica la ceniza, la cava, el Eros, la era
que el hombre cosecha atendiendo su arrebato, la galanura
orquestada y el alado redoble del pulso por la frente, cometa
o pandero sufriendo un gozo, pleno de copla o niágara,
plaza en vilo el programa del pecho.
Y nos brindó su alma,
la alegría que sintió: resolvióse en ángel de luz
hereditaria –la savia del día que le abrazaba-, cuávano
de una ilusión, señor de su odisea, cúmulo de ansia,
alud.

Dejó la estampa, el trébol de sus ojos, sus corazones
puestos en formación, exprimió la sonrisa de su llaga,
quiso pervivir, criatura en canal y andaluz lacerado, adán
regalando costillares, respirando el aura de un céfiro presentido.

***

1
SANTA GRACIA DEL VIENTRE –protectora del rubor de las muchachas-
es rueda y ruedo; advienta su resol brincos y parientes, una meta
asombrada para héroes.
Es lola la ciega, la ola del amor, verídica
consumación, cuerpo y flama, enseña del deseo, ubre en flor.
Espera,
anuncia,
promete la toñada del encelo: ofreciendo
va las rosas de su rifa, el salmo del cariño, el rito que la aluna.
Es la sed, el trino en la rama, gacela de la sorpresa
y de la duda. Estremece su pureza de cebolla.
Con mi envío
se funden sus amantes: frailes del ocaso, mozos y juncos
como dardos, linces en sigilo, mórbidos alacranes, jugadores
y jinetes.
(Dejad que invente las invisibles niñas de sus ojos,
la caloría de su sien, el consejo y despedida de sus labios:
todo queda engorjeos y mosquetas).
Añoro una espada
templada en el infierno, para descubrir su tatuado corazón
y verla en la imagen que oculta sus entrañas, la suerte
de que sea magnífica y fantasma, cuerpo cuyo trazo
embiste a la vida.
Quédase en su bien, en la clara
aureola de su vientre: espuma de sal y mirra derramada.

2
SANTA GRACIA DEL RAMO, bulba de mujer en plenitud,
tu imagen pediría para el mundo, retostada y lírica,
unción que me acomete.
Ora y gime, pintura; ocasionas
rumbos, locuras y albedríos, ninfa de las rosas, reina
entronada del artista, lujo de su tuétano, convergencia
de sus pensares, pasión y cirio, corona de esperanza, eco

y helio, visión de su hígado.
Bendíceme la voz, flagela
esta palabra que te esgrimo, tírame ese golpe de flores conjugadas,
el ritmo enhebrado del tirabuzón, la embozada de tus palmas,
cuanta gloria seas, esos frutos y gestas que alumbran
grillos y tarántulas, cantares de mi tierra y de su flora.

3
SANTA GRACIA DEL RODETE, de espaldas a la vida, late,
espera a un galán con su tricornio y se adivina una montera
subiendo a los cielos de la tierra.
No sé cuantas crines
ondularon las brisas de la historia en las alas de sus lirios,
ni qué siguiriya de fuego brotó con el levante,
ni qué rizo, entre zarcillo y zarzamora, se hizo
mariposa de repente.
Pero déjadme cantar, pasar diciendo
por tu espalda,
quedarme
en la sima de su selva, urgar
entre su pelo palpitante.
Después me moriré de lo efímero
que soy y ella volverá, por fin, la cara hacia mi pozo.

***

NO hay más verdad que la amapola, por eso dijiste adiós, pintor,
al piar de tus vencejos. Todo es fugaz y eterno como el aire:
cáscara y pulpa, pensamiento y acción, repique y sortilegio, tregua
y lid del hombre o la chicharra.
Pero abre la mano, comulga
con tu pan, asómate al río, cavila con Manrique, ubícate
en tus legítimas razones, despídete de ellas, son novias del camino,
y pon tu lágrima junto a la aceituna.
Volverá la rosa
de Dios a tu entrecejo y te sentirás de nuevo –milagro de la sangre-
santo diablo jardinero ante la blancura solemne de la nada.

CINCO HALOS EN UNA TALEGA

Viaje a medianoche

VOY divisando luces, circos de la noche, tanagras
o aleluyas, usadas petacas y mecheros, retratos de odiseas,
la frente de un poeta –portal de su cabaña- añorando
el corzo del amor que nunca se detuvo, los hombros
que le caen panitentes, manos que acercan lilas, pilistras
a los ojos, esos que ven gañanadas, molinos, talabarteros,
palaustres para artistas, goces de una gente ventanera.
Los grillos me elevan tanto llano, una senda, la patria
de mi amigo, mancha de la flor, ancha y sancha
ilusión para quijotes, donde se aguarda, se amanece,
como si el tiempo y el poeta nacieran al paso del tren,
entraran por este cristal o contrafuego –sereno, inverosímil-
hasta una faltriquera que tiene el garrido corazón.

Momento de la tarde

HOY debo escribir una carta destinada al eco, al viento
azul de los jardines, para decir que tengo sangrando,
ardiendo, la puñalada del amor, la imagen de un cuerpo
transfigurado en el columpio -¿la riparia y su mecido?-,
la fuerza del levante incitando remolinos y cabalgatas,
la pila de mi barrio rodeada de mi gente, el cura Corona
ensalando mi destino, los gritos de la guerra
atravesando mi infancia, los llantos de mi madre
por sus muertos, este coraje de ser que me nació repentino
con la nacarada primavera, todo lo que dejo floreciendo
entre mis hijos, los besos, la conmoción de un pase y un dibujo,
esta libertad castiza de creer o de negar, tanto quedarme
quieto y envuelto en el vivir, como si los ríos no se terminaran
y el corán de mi persona fuera contemplar un volar golondrinero.

Iris del crepúsculo

A tiempo todavía te traigo cinco rosas, aguas en la mano.
Teresa cuya risa era catarata, madre absoluta, mujer
de bendición.
                    Te rezo cada día, te llevo sobre el hombro,
tata múltiple, fuente de cariño para toda mi sangre.
Gardenia abierta fuiste, eres halo, y enciendo para verte

las velas de mi noche, un costal derramo de luciérnagas,
animando el sabor de antiguas madreselvas.
                                                            Tú tenías, Teresa,
macetas que cuidar, claveles reventones, un nido y su pájaro,
un amor desde niña sublimado.
                                                  La muerte, el tiempo
no me engaña, perece que se fue pero espera y encandila:
miro tu casa y te contiene, tu hijo y tu esposo velan tu suspiro,
cuantos somos tuyos poseemos tu imagen, caricia de pañuelo.

Profecía y razón

EMBRIÓN de mañana es tanta resonancia, perdura, os digo,
esta crencha, este esqueje de zulla, el miramelindo
del rosal sobre la gavia, aquella dulce caña o flauta
que triné cuando era niño.
                                             Hay que gozar esta sencilla
heredad que limita en el silencio, aprender, saber
vivir sobre la nada, ver pasar y volver libélulas
entre juncos, la idea hecha colgadura, sentirse
heraldo de tanta paz, saludar al sol con un poema.
La guzla del sarmiento, el laúd del ramo, el ángel
centinela de la mata, su deidad, barruntan eterna vibración,
se sienten algo más que perfiles y embrujos, me recitan
salmos, atraen la brújula del pulso, inculcan en mi voz
una púrpura que asumo y trabajo a santa voluntad.

Itinerario del alma

A ti te la enseño. Es el alma una espora invisible,
una flor cuyo aroma envuelve la existencia, preconiza
lo insondable, augura lo que será espino o espuma,
rincón o estancia, salina o mar.
                                                  La llevo por las venas,
la inclino hacia Rubén, paseo su cresta, pregono sus canastos
por los predios de la copla, deslumbro su rostro
de doncella con un cariño de doncel, dejó, sí, en este azulejo
razón de que la siento en cada hueso y a Góngora
la envío camino de Neruda: espérola en Jerez.

REIVINDICATORIO DEL PARAÍSO

Me sentí anegado en la onda de un deleite fragante como las rosas, y gustoso como hidromiel. Mi vida y todas las vidas se descomponían por volver a su primer instante, depuradas de Tiempo.
VALLE-INCLÁN

I
AHORA que la primavera infunde la ilusión, que imperia o impera
en la flor estética y voluntad, suspiros de la tierra,
candor matriz,
                    alboreo renovado,
                                        alcemos el corazón, su son
hasta la frente ejercitando gracia y lid, conjurémonos
con pasión y valentía: que la señal de la fe sea estilo
y tatuaje del deseo, que el viento traiga la sal
de la inocencia, que surjan hélices y racimos por el abrazo
-atesorando un sarpullido de victoria y potestad- y un halo
de heno removido proclame nuestra propia resonancia:
queremos volver al paraíso,
                                    al lírico arriate donde Dios,
                                                                oír
el son de la salud,
                      ver el color de la esencia en la vida,
tocar el arrullo de lo inefable,
                                    gustar la aljibeña
agua de la paz
                   y aspirar el aroma de primer propósito.

II
RECUERDO la canción orgánica de cada tilo, las dulzainas
entre el cañaveral, aún eran suaves las ortigas, tenían cascabeles
las palmeras y la sangre estaba lejos de la espina.
Por los prados caminaba Dios –vagabundo con su mariposas-,
alentando cogollos con su pie, ramos con su lauro, sol
hecho báculo y búcaro, campesino madrugador, capaz de sembrar
una constelación, de subir al cielo el trigo con los pájaros.

III
MAS, con esta semillama,
                                  los ojos en su

l
o
m
o,
el taraje y las moráceas,
con esta sustancia que rezuma el hinojo y el poleo, evocar consuela
y alumbra la monjía, el sueño de amor y pervivencia,
cuánta nostalgia o luminación nos sobrecoge, entrona
y propaga un limo en sangradura.
Y, tropel o médano
-cómo saber qué ingenio-, me llega y llaga, me llama
un flujo de volcada damajuana, de puros malvaviscos
reverdecidos, el *lei motiv* de una entrañable siringa
-tánica galaxia-, vínculo, todavía, de la progenitura.

y IV
Y el pipirigallo, la correhuela, la grama, la prímula,
toda la salud, la macolla del humilde arriate,
atestiguan la fuerza de la luz que nos alumbra, un luego y
un luengo milagro esclarecido, la certeza en chorros y peripecias:
Dios
estuvo
aquí
-grito subcutáneo y albahaca-,
derramó
cuanto hálito contenía, creó el pétalo, la ciruela,
un hombre para todo.
El tiempo no pasó, f
i
l
t
r
ó
s
e
en un mero espejismo, porque, tened la convicción,
este esmero de belleza y confianza posibilita la suerte,
enardece un deseo de varonía:
vivir
con
quien
nos
quiere.